

LOS SIETE LIBROS DEL MEDITERRÁNEO

🌿 Fernando de Villena 🌿



Evohé Desván

Evoók
Desván

LOS SIETE LIBROS DEL MEDITERRANEO

Fernando de Villena



«...el fecundo Mediterráneo es la ancha carretera semoviente, vía del Triunfo, donde el Dios ha mostrado muchas veces la faz amable que hace a los hombres buenos y dulce, como un panal, la vida. Para escribir un libro de rezos a la civilización habrá que titularlo *El Mediterráneo*».

Alejandro Sawa

PRÓLOGO

Durante nueve años he trabajado en esta epopeya sobre el Mediterráneo. Pretendía oponer la cultura y la vida latinas (una vida remansada, sabia, sensual y contemplativa) a la cultura y la vida anglosajonas que hoy pretenden imponernos en todos los ámbitos. Siempre había soñado con realizar un viaje a pie o en bicicleta que durase meses y meses, bordeando todo nuestro mar antiguo, pero claro: mi trabajo y la falta de medios me lo impedían. Ya no existen mecenas que financien proyectos de esta laya. Tuve, pues, que llevar a cabo el viaje mediante la inventiva. Se trataba de escribir un libro a la manera de la *Ilíada*, la *Odisea*, la *Eneida* o la *Divina Comedia*, pero en el mismo, el protagonista no sería un héroe ni un alma en busca de Dios, sino el propio mar. Consideré que mi obra debería dividirse en varios libros. El primero —ya lo he señalado— lo ocuparía el viaje. Y fue eso: un derrotero de playas, ciudades y puertos, desde Granada hasta Jerusalén por la costa europea y asiática y desde Jerusalén hasta Málaga por la costa africana y andaluza. Representaba asimismo un itinerario espiritual, un camino interior, y por ello su momento cenital se daba en la ciudad santa de Jerusalén. El libro se abría con una invocación pidiendo a mis santos tutelares ayuda en tan magna empresa, y llegaba a su término cuando el peregrino, que era yo mismo, se detenía a vivir en Málaga después de tan larga andadura.

Recién acabado este primer libro, lo presenté al premio «Ibn Gabirol» que convocaba el Centro de la Generación del 27 de la Diputación de Málaga. La obra obtuvo el galardón y fue publicado por la entidad convocante en 1.998.

Los siguientes libros estarían dedicados a la historia de este mar inquietante y antiguo. Pude haber cantado otros pueblos que lo recorrieron en la antigüedad, pero quise comenzar con su primera sazón: el mundo griego. Y así surgió el libro II, titulado Helénicas. Mi intento fue crear la atmósfera, la armonía y el delicioso sentir de aquella civilización extraordinaria que floreció tantos siglos atrás. Yo había estudiado durante tres cursos en bachillerato y otros tres en la universidad la lengua y la civilización griegas y, aunque nunca he viajado a esa tierra y a esas islas fascinantes, conocía tan bien los textos de Homero, Safo, Minermo, Píndaro, Esquilo, Sófocles..., que creo salí muy dignamente con mi empeño.

No dejaron de asaltarme las dudas acerca de si mi proyecto era o no descabellado. No vivimos un tiempo proclive a las grandes empresas. El apresurado individuo del siglo XXI ha dado la espalda a dos fuentes fundamentales de la cultura: la mitología grecolatina y la tradición bíblica, pero es que la misma historia de las civilizaciones idas interesa a muy pocos al presente. Los novelones históricos han sustituido a las historias llenas de rigor. Sin toda esa base cultural las gentes de nuestra época ya no consiguen comprender muchísimas obras de arte. Pero es que acaso tampoco les interese demasiado el arte. ¿Y con esta crisis de las humanidades me lanzaba yo a cantar (nada menos que en verso) las gestas y el sentir de los pueblos que florecieron en el Mediterráneo? No, no está el momento para audacias, sino para obras ligeritas: novelas con un lenguaje televisivo que se puedan leer en el metro o poemas que nos hablen de los taxis, los divorcios o los bares de alta noche.

Y a pesar de todo, decidí seguir hacia delante. «Ya vendrán tiempos mejores», me dije. A la bárbara Edad

Media siguió el Renacimiento, y día llegará en que de nuevo se justiprecie el esfuerzo.

De este modo acometí el tercer libro de *El Mediterráneo*, titulado *De senectute consulis*. Ahora se trataba de recrear el mundo romano. No me faltaban conocimientos de las letras latinas ni pasión por ellas. Escribía, pues, con verdadero placer. Para dar variedad y animación a la obra imaginé un personaje, un viejo cónsul desengañado y algo cínico que, después de haber triunfado en la guerra, en la política y en los amores, regresa de Roma para pasar sus años finales en Ilíberis y en Sexi, dos ciudades de la Bética. Intenté que el carácter del protagonista respondiese a grandes rasgos a la ideología de la época imperial. Y me consta que lo conseguí. Quienes han leído el libro me han ponderado la verdad de este personaje que, ciertamente, constituye —ya lo dije— todo un símbolo de aquel largo periodo histórico.

A continuación debía presentar el Mediterráneo durante la luenga noche medieval. Destrozada la unidad romana, el Mediterráneo no tardaría en quedar partido en dos orillas: la del Cristianismo y la del Islam, y entre ambas la diáspora judía. El libro cuarto, pues, tendría que ser resuelto en tres partes. Para el planteamiento de la orilla del Islam inventé un nuevo personaje, femenino esta vez, una pobre chica que desde las playas africanas lamenta la ausencia de su amado que se embarcó en pos de su aventura. La novedad ahora llegaba tanto con el intento de ver el mar desde la perspectiva de una mujer como con el hecho de que ésta fuese musulmana. Tuve muy en cuenta para estos poemas las jarchas arabigoandaluzas y toda la poesía árabe.

La diáspora judía la representé mediante la figura extraordinaria de Jehudá Ha-Leví y su trágica peregrinación desde Toledo hasta las proximidades de Jerusalén donde fue

asesinado sin conseguir el sueño de su existencia: pisar la ciudad santa.

Y la serie de poemas dedicada a la orilla cristiana reflejaba una atmósfera de piedad y de fanatismo, un mundo de monjes y cruzados. Lo curioso es que ambas orillas, aunque irreconciliables, mantenían una constante interrelación, lo cual queda bien manifiesto en la obra.

Los libros segundo, tercero y cuarto se publicaron juntos en un solo volumen en la colección «ExLibris» de la granadina editorial Dauro en el año 2.003.

El siguiente libro de la epopeya está dedicado al Mediterráneo en los siglos de Oro. También aquí encontramos tres partes cada una de las cuales va referida a una de las religiones del Libro. En la primera sección plasmo el ambiente y el modo de pensar del Renacimiento y el Barroco e incluso imito las formas estróficas de aquellos siglos, a la vez que rindo homenaje a algunos escritores — Garcilaso, Carrillo de Sotomayor, Cervantes— que me son muy queridos.

Para la segunda parte creo un nuevo personaje, Joseph, un judío sefardí que, desde Tesalónica, recuerda con nostalgia aquella tierra hermosa que tuvo que abandonar un día, aquella España que lo vio nacer.

De igual manera, la sección referida al mundo islámico está protagonizada por un personaje-símbolo. Se trata ahora de Omar, un humilde y soñador mercader de Istambul.

Con el libro vi concluía mi recorrido por la historia de nuestro mar. Los poemas ahora llegaban a adquirir un tono de elegía y denuncia: en estos tiempos finales, el Mediterráneo es un lugar más para el paso de la flota norteamericana, es la frontera entre el primer mundo y el tercero, el cementerio de quienes pretenden cruzarlo para escapar de la miseria. Sus aguas se han llenado de vertidos contaminantes y de alquitrán y, sin embargo, continúa

siendo sinónimo de la Vida verdadera, de la Intensidad y de la Belleza; todo lo opuesto a las ciudades donde las gentes sobrellevan una existencia gris encadenadas al trabajo, al frío y a las lluvias.

Finalmente, el libro VII constituye un homenaje a diversos personajes históricos o legendarios vinculados en gran medida con el Mediterráneo o prototípicos de las civilizaciones que han poblado sus playas —Safo, Diógenes, Ashaverus, Cristo, Abd-Ar.Rahmán, Góngora, Keats, etc.—. Son poemas escritos a veces en tercera persona y otras veces en primera para que la verosimilitud de las figuras resulte mayor. Acaba el poemario y la obra toda con unos versos en los que explico cómo, cumplido mi ambicioso proyecto, el mar y yo mismo quedamos a la espera de otra voz que proclame su grandeza. Los libros V, VI y VII se publicaron en la editorial Alhulia, dentro de la colección «Mirto Academia», en 2.005, y en 2.006 el volumen fue distinguido como el mejor poemario andaluz del año anterior por una serie de críticos reunidos en Fondón (Almería).

Cuando contaba veinte o veinticinco años quedé muy impresionado con la película *Paseo por el amor y la muerte* de John Huston, una de las obras menos conocidas de su filmografía y, sin duda, la más poética de todas. En ella, un joven estudiante, apenas la primavera rompía el hielo de los arroyos, dejaba los libros y se lanzaba a los caminos dispuesto a llegar hasta el mar. Era su gran anhelo. Algo así ha ocurrido con mi vida. Siempre he deseado que algún año, al acabar con la llegada de septiembre las vacaciones escolares, me fuese permitido quedarme junto al Mediterráneo dedicado en cuerpo y alma a la contemplación, al ensueño, a la lectura y a los largos paseos. Todavía no lo he conseguido, mas no por ello desespero

En una reciente entrevista que me hizo el gran escritor Gregorio Morales a propósito de la publicación de los tres últimos libros de la serie, yo explicaba que la mayor influencia recibida a la hora de pergeñar mi epopeya había sido la de la poesía china. Y lo era, sobre todo, por ese afán que late en tantos poemas orientales, de vida auténtica, ajena al tráfago mundano. He aquí, repito, mi ideal: apurar los instantes hasta que me llegue la hora definitiva midiendo el tiempo con las olas, saboreando este milagro que es la luz de cada día y también la de cada noche y eso siempre lejos de la selva pavorosa de las multitudes, en un rincón tranquilo, en cualquiera de las orillas del Mediterráneo.

Fernando de Villena.

LIBRO I

LIBRO DE LAS CIUDADES

INVOCACIÓN

A Ti, Señor, Dios Padre
por Quien la tierra late, vive y gira
no cual pecio en el mar del universo
sino con su razón y su sentido;
a Ti, mi buen Jesús,
que siempre acompañaste
—fiador de mis errores—
la veleta quebrada de mi vida,
que siempre me aguardabas
al final de mis muchos descaminos;
a Ti, Espíritu Santo,
munífico ministro
de toda paz adentro y de toda fortaleza;
a ti, Señora mía de las Angustias,
dueña de campanarios,
que de las nubes sabes y el celeste
y de la poquedad del hombre;
a ti, buen carpintero,
en el oficio de ternuras docto,
santo José que a bienmorir ayudas;
a ti, Pedro, claverero de la dicha,
que hasta Roma anduviste
puertas abriendo y luz a la Palabra;
a ti, Pablo, el más sabio,
bautizado con polvo del camino,
y a ti, veloz delfín hacia la Hispania,
incansable Santiago;
a ti, san Rafael,
alado compañero de Tobías
que desde los pináculos
de la lejana Córdoba contemplas

el paso vespéral ceremonioso
del gran Guadalquivir hacia Sevilla;
y finalmente a ti, monte humanado,
cíclope santo que a Jesús llevaste
como a parvo jilguero sobre el hombro,
mi buen san Cristóbal;
a todos, sí, demando bendiciones y ayuda
en la gran travesía que ya emprendo.
Velad, pues os lo pido con el alma,
velad hasta mi muerte mi andadura
y las de quienes van siempre conmigo.

PRIMERA PARTE
HACIA ORIENTE

ADIÓS A GRANADA

Decir adiós a la ciudad ingrata
por quien tanto y en vano he siempre alzado
—poniendo el alma en ello—
mi voz, ahora en verso, ahora en prosa;
decir adiós a su hermosura extrema,
a la flor singular de su misterio,
a sus cansadas torres de palpitante bronce,
a la humedad sonora y aromada
de sus viejos, recónditos jardines;
decir adiós a todo
sin más otro equipaje
que un monte pertinaz de incertidumbres
sobre el término ledó de la empresa;
decir adiós a quienes amo tanto:
mi dulce esposa con quien soy dichoso
(aquélla que entre yo media y el mundo),
mis dos hijos por quienes tanto esfuerzo,
mis padres que, ya ancianos,
con esperanza miran mi andadura,
y también mis magníficos amigos;
adiós a todo y todos; ya es el día:
del corazón las velas bien se inflaman;
viajar no puedo, pues la vida astuta
con su red de minucias hoy me enreda,
pero allá parte alegre mi nostalgia
y con ella enlazada mi inventiva;
adiós, adiós, adiós;
que hacia Jerusalén al fin me marchó
orillando la faz del mar latino.

Mil y mil menos tres vueltas ha dado

en torno al sol la tierra
desde que Jesucristo a pagar vino
nuestra manumisión.

El verano fenece,
breves se hacen los días,
las tardes más intensas,
infinitas las noches...

Adiós, adiós, adiós.

GUADIX

Aquí pasé dos años de mi vida.
Recuerdo bien las calles solitarias
a las diez de la noche cuando el frío
era casi un rabioso minotauro
acechando tenaz por las esquinas,
los gatos por los sórdidos tejados
bajo el mar con témpanos del cielo
y estas nobles casonas
tan venidas a menos:
con mortecina luz
a fin de no hacer gasto;
recuerdo bien las sombras inquietantes
de las largas cornisas
en la ágil catedral
con un silencio que imponía miedo,
los pesados blasones y las rejas,
los mudos campanarios
y las desvencijadas celosías
de los semivacíos
pero altivos conventos;
recuerdo aquella como trágica inminencia

de aparecidos pálidos de luna
con térreos sudarios desgarrados
o en sus rostros sin boca
como infame cartela o filacteria
toda la historia atroz
de su emparedamiento,
y la desolación nocturna del casino
atendido no más por un muchacho,
con un billar donde las tristes bolas
eran ya y siempre mundos abolidos,
donde habían los libros olvidado
el roce de una mano
y los altos salones
de apagadas arañas
y sofás de incoloro terciopelo
aprendieron cincuenta años atrás
la quietud agrietada
de una región estéril;
y recuerdo también
los largos soportales de la plaza
donde pensar solía
en aquel filósofo apartado
que ideó Abentofail,
en las pobres probanzas
del gran Mira de Amescua
o en lo mucho que debo a Pedro Antonio,
y cierta costanilla, en fin, recuerdo
sierpeante y terrible
como incisión veloz de una gumía
en un hermoso rostro adolescente.
Por allá llegué a casa de mi amigo,
el sabio Antonio Enrique,
a quien todas las trazas ampliamente
expuse de mi empresa.

Tras de cálida plática y consejos
con fuerte parapeto
de citas y de libros
y tras sabrosa cena
que María dispuso en mi agasajo,
fuimos a descansar
pues al siguiente día,
recortando mi sombra
por las crestas del alba,
proseguí mi andadura.

LEVANTE

A Juan Gregorio

Ya se presiente el mar, ya se presiente
en el oreo de la fértil huerta,
no bien atrás quedaron
las tierras calcinadas
como osario de edades ya en olvido;
ya se presiente el mar
en las fingidas olas
de las alegres cúpulas
intensamente azules
que a nuestro paso saltan
desde la amplia quietud de las ermitas;
el mar ya se presiente,
con su rumor insomne,
en el alto mecerse
de los casi africanos palmerales,
el mar que bien querría
penetrar como osado caballero
con su capa de espumas y de conchas
en la paz de las íntimas iglesias

alzadas por la fe del pueblo humilde
centuria tras centuria
y ancladas tal navíos fabulosos
en los pueblos de polvo, sol, y adobe.

Ese mar que en sus ojos
llevó a Madrid Gabriel Miró sin ganas,
y que añora al presente el gran Porpetta,
se anuncia ciertamente
en alguna gaviota aventurada
y en los rostros morenos y risueños
que, solícitos, miran
como en rendida ofrenda
de azafates con dátiles.

Anaranjadas tierras del levante
que esa tristeza encierran deleitosa
que nos dejaban dentro,
casi en lo más recóndito del alma
(como un pájaro enfermo y prisionero),
algunos episodios turbadores
del Nuevo Testamento y del Antiguo:
la imagen de José dentro del pozo
vendido por sus míseros hermanos
o la del hijo pródigo entre cerdos
o la del rey David cuando pecaba...

¡Sonoridad celeste del levante!
Su solo nombre ya el rumor posee
de las anclas alzadas
y las velas henchidas.

EL MEDITERRÁNEO

Vincularé Tu nombre al mío humilde,
tu nombre azul y altísimo
de sueños y de gestas,
de dioses y de efímeras banderas...
Tu nombre, sí, tu nombre, mar sagrado,
mar venerable y nuestro,
sabio Mediterráneo,
carcelero de fustes y denarios
que en fantasmas trirremes
son teatro a la danza de las algas,
al salto de los pulpos,
a la huida argentina de los peces
hacia grutas de sombra
donde su pena esconden y vergüenza
sirenas derrotadas...

Como ciñes el brazo de las rocas
con pulseras de fénices espumas
ceñiré con mi verso fugitivo
el talle de tu historia,
feliz Mediterráneo;
como besas los puertos más ocultos
y las dársenas sucias
de las viejas ciudades
que a tu espejo se asoman
—suave o apasionadamente fuerte—,
así yo besaré tus hondas calas,
el corimbo festivo de tus islas,
la memoria piadosa de tus héroes...

En vano la medusa
que llega desde América del Norte
podrá con su veneno contagioso
derrotar la hermosura de tus mitos,

la suavidad perfecta
de las muchachas ágiles,
morenas tal las ánforas de antaño,
que miden con tus olas sus cinturas,
con tu espuma sus risas;
la dicha ilimitada de quedarse
tendido en las arenas escuchando
con los ojos cerrados como valvas
tu palpito dorado,
tu palpito de siglos y leyendas.

VALENCIA

A Pedro J. de la Peña

No conozco Valencia en navidad
cuando lanzan las niñas sus naranjas
—si crédito he de dar al joven Lope—
tal frutos del jardín de las Hespérides,
como incitantes premios al viajero.

Pero sé de Valencia gentilezas
—perdóneme Gracián—
que quiero enumerar muy por menudo:
La primera, la gracia de su cielo,
su luz de fiesta familiar constante,
su mar feliz de dunas fugitivas,
sus animadas playas
donde algún tiempo respirar lograron
tantos republicanos españoles...
Después, el Santo Cáliz
que es como el corazón hondo y secreto
de toda esta gran urbe luminosa.

¡Qué bellas son las uves

en nombres de ciudades:
Venecia, Viena, Rávena, Valencia!
Íntima y populosa,
Valencia con sus bares de altas horas,
sus amplias avenidas como alfombras
abiertas para el paso de la Vida
y también sus callejas marineras
junto a la catedral.

Valencia de Azorín y Blasco Ibáñez
que hoy acoges a un pobre peregrino:
muéstrale los perfiles de tu esencia.

BARCELONA

Una vez fui feliz en Barcelona.
Ni siquiera contaba veinte años.
En sus calles mi amigo José Antonio
y yo muy jovencitos
destapamos la caja de los truenos,
la misma de Pandora,
pero también la caja de tesoros
y sorpresas sin número
que supone la vida.

Íbamos por las Ramblas
como quien pisa el mundo
y el cielo al mismo tiempo:
las flores, las iglesias y las chicas,
los vinos y los libros,
todo con el color de los hallazgos
salíanos al paso alegremente.

El puerto y sus callejas,

las tardes de Montjuich,
la música de Sisa,
el vértigo sagrado e inefable
del templo de Gaudí
con toda la inquietud de su bestiario,
y aquellas infinitas de trastienda
librerías de lance y emociones
por la dorada red del barrio Gótico,
no eran sino barruntos
del mundo multiforme y sus guirnaldas,
lisonjas como cantos de sirenas
a nuestra inexperiencia.

¡Qué dulce Barcelona me fue entonces!

¡Qué hospitalaria ahora
que veloz la recorro y silencioso
por hallarse al amor de mi camino!

COLLIURE

Es de noche y la luna
riela y riela en el mar
como si desangrado por completo
hubiéramos al toro
que a Europa raptase,
sobre una gran bandeja.

Para mí guarda aún toda esta costa
muy lejanos recuerdos de lascivias.
Siempre al cuerpo tirano di tributo:
si pedía descanso en otros cuerpos,
al punto le entregaba lo exigido;
si festines de gula, no fui parco

y a mi mesa senté a Pomona y Ceres
junto a Tetis y Delia cazadora
bajo el triunfo de Baco...

Pero ya en el noviembre de mis años
no es momento de goces y locura
ni de vanos recuerdos,
y prefiero buscar aquella tumba
del poeta modesto y esencial.

¿Oirá todavía su almo hueso
el rodar de las conchas y las chinas
en el tenaz columpio
del fuerte rompeolas,
la carrera frenética del viento
siempre en pos de sí mismo por la arena,
las risas de los jóvenes amantes...?

¡Qué ventura vivir!
¡Qué triste el oscuror de los sepulcros!

Ya no soy joven —poco antes lo dije—,
mas amo con pasión y reverencia
la luz de esta gran noche,
la de todas las noches y sus días,
y amo todas las obras de tu mano,
toda tu Creación,
Señor, Señor, tu santa Providencia.

NIZA

Como un mendigo, con asombro miro
el lujo de esas damas
que van hacia el Negresco.

La noche en su tapete pone en juego
una bella tristeza
de faroles voltaicos
y suicidios galantes.

Sin pasión, por las playas los muchachos
se dejan abrazar
soñando mucho en la difícil plata
de algunas pitilleras
y el mar casi se pisa las espumas
buscando el horizonte
por no ser indiscreto.

Los coches deportivos
rojos o charolados o de oliva
ponen al cielo un gran collar de asombros
y bajo el quitalunas destrozado
de una indócil palmera
se ocultan los gendarmes.

Pero en Niza también existe el día;
llega con el frescor de un ángel rubio
en barril de cerveza adormecido
y reparte bullicio de pregones
por las calles distantes de la costa.

Las esquinas extienden sus persianas
de alegre bouganvilla
y los trenes descubren la pereza.

He apurado la copa de mi tiempo;
quede atrás esta azul diosa bifronte.

MÓNACO